LIBRO SESTO.

SUMARIO

Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver á Itaca: que propuso elegir á Mentor, quien igualmente la rehusó; que, instado Mentor por la asamblea para que en nombre de la nacion nombrase el que le pareciese mas digno, espuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual con efecto fué al instante proclamado rey: que despues se embarcaron para Itaca Mentor y él; pero que Neptuno, por complacer á Vénus irritada, les hizo padecer naufragio, de cuyas resultas fueron á parar á la isla de Calipso.

Inmediatamente salieron los ancianos del recinto del bosque sagrado, y, tomándome el principal por la mano, anunció al pueblo, ya impaciente por saber la decision, que yo habia ganado el premio. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría, haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamacion: Sea rey de los Cretenses el hijo de Ulises semejante á Minos!

Yo esperaba un momento de silencio, y hacia señal con la mano suplicando que me oyesen. Entretanto me decia Mentor al oido: ¿Renuncias á tu patria? la ambicion de reinar haráte olvidar á Penélope, que funda en tu regreso su última esperanza, y al grande Ulises, que los dioses han decretado volverte? Estas palabras penetraron mi corazon, y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin, un profundo silencio de toda esta tumultuosa asemblea me dió lugar á que hablase de esta manera: Ilustres Cretenses, yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja

duda de que la estirpe de Minos cesará de reinar cuando un estranjero entrará en esta isla, y hará que en ella reinen las leyes de aquel sabio rey, pero no por eso dice que reinará el mismo estranjero. Quiero convenir en que soy el estranjero designado por el oráculo. Yo cumplí la prediccion: vine á esta isla, y descubrí el verdadero sentido de las leyes, y deseo que mi explicacion sirva para que reinen en ella con el hombre que elijais. Pero, por lo que á mí hace, prefiero mi patria, la pobre islita de Itaca, á las cien ciudades de Creta, y á la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados; y creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido con el deseo de reinar, sino por merecer vuestro afecto y compasion, y porque me faciliteis los medios de volver cuanto antes á mi nativo suelo; que mas quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises, y servir de consuelo á mi madre Penélope, que ser rey de todas las naciones del mundo. Cretenses, vos otros veis el fondo de mi corazon; me es preciso dejaros; pero solo la muerte pondrá término á mi reconocimiento. No lo dudeis: Telémaco amará á los Cretenses hasta el último instante de su vida, y no se interesará menos en su gloria, que en la suya propia.

Apenas hube dicho esto, se levantó en la asamblea un sordo ruido semejante al de las olas del mar cuando se entrechocan en una tempestad. Unos decian: ¿será alguna deidad bajo figura humana? otros sostenian que me habian visto en otros paises, y que me reconocian; y no faltó quien esclamase que se me debia obligar á aceptar el cetro. En fin volví á tomar la palabra, y cada cual procuró guardar silencio, dudando si no iba á aceptar lo que rehusé de pronto. He aquí mi alocucion:

Permitid, ó Cretenses, que os diga lo que de vosotros pienso. Sois el mas sabio de todos los pueblos, mas la prudencia exige, á mi parecer, una precaucion en la cual no atinais. Debeis elegir, no al que mejor discurra acerca de las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas con mas constancia. Ya veis que yo soy jóven, por consiguiente sin esperiencia, espuesto á la violencia de las pasiones, y mas

en estado de aprender obedeciendo á mandar algun dia, que de mandar desde ahora. No deis la preferencia al que haya vencido á los demas en los juegos del ingenio y del cuerpo, sino al que á sí mismo haya sabido vencerse. Buscad á un hombre que tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazon, y cuya vida toda entera sea la práctica de esas leyes. Y sean sus acciones, mas bien que sus palabras, las que determinen vuestra eleccion.

Complacidos los ancianos con este discurso, y viendo que cada vez crecian mas los aplausos de la asamblea, me dijeron : pues los dioses nos quitan la esperanza de que seais nuestro rey, á lo menos ayudadnos á encontrar uno que haga reinar nuestras leyes. ¿Conoceis á uno que pueda mandar con esta moderacion? Conozco á uno, les dije al pronto, á quien debo cuanto estimais en mí; su sabiduría, no la mia, es la que acaba de hablar : él es quien me ha inspirado cuantas respuestas me habeis oido.

Al instante todos fijaron los ojos en Mentor, al cual designaba yo teniéndole asido por la mano. Referí lo mucho que habia cuidado de mi infancia; los peligros de que me habian librado sus consejos; y los males que me habian sobrevenido si alguna vez habia dejado de seguirlos.

Al principio nadie habia reparado en él, á causa de su traje sencillo y descuidado, de su modesto continente de su silencio casi continuo, y de su semblante serio y reservado. Pero luego que mas detenidamente le miraron, descubrieron en su rostro no sé que de firme y elevado : notaron la vivacidad de sus ojos, y el aire brioso que daba á la mas mínima de sus acciones. Hiciéronle varias preguntas, y admiró con sus respuestas : acordaron hacerle rey. Rehusó sin conmoverse; dijo que preferia el sosiego de la vida privada al esplendor de la corona : que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran, y por lo comun hacen el mal que no querrian, por sorprender su ánimo los aduladores que les rodean. Añadió que si la esclavitud es miserable, no lo mes enos la soberanía, verdadera esclavitud disfrazada. Un rey, decia, depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¡Feliz mil veces el que no está obligado á mandar! Sola nuestra patria, ella sola es acreedora, si nos confia la autoridad suprema, á que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Entonces los Cretenses, no pudiendo salir de su asombro, le preguntaron á quien debian escoger? — Al que os conozca bien, les respondió, pues habrá de gobernaros, y que tema gobernaros. El que desea la autoridad real, no la conoce; ¿y como desempeñará sus obligaciones no conociéndolas? Este tal la busca para sí, y vosotros necesitais quien por solo vuestro amor la acepte.

En gran manera maravillados quedaron los Cretenses al ver á dos estrangeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisieron saber con quien habian venido. Nausicrates, que los condujo desde el puerto al circo donde se celebraban los juegos, les mostró á Hazael, con quien Mentor y yo habíamos venido de la isla de Chipre. Pero su admiracion fué mucho mayor cuando supieron que Mentor habia sido esclavo de Hazael; que este, prendado de la sabiduría y de la virtud de su esclavo, le habia hecho su consejero, y su mejor amigo; que este esclavo recien liberto era el mismo que acababa de negarse á ser rey; y que Hazael habia venido desde Damasco de Siria para instruirse en las leyes de Minos, en tanta manera tenia ocupado su corazon el amor á la sabiduría.

Los ancianos dijeron á Hazael : No nos atrevemos á suplicaros que nos goberneis, porque os creemos con las mismas ideas que Mentor. Menospreciais demasiado á los hombres para encargaros de dirigirlos; y ademas mirais con mucho desprendimiento las riquezas y el esplendor del trono, para que querais adquirirlas á costa de las fatigas anejas al gobierno de los pueblos. — No creais, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio á los hombres : nada menos. Sé muy bien cuan glorioso es emplearse en hacerles buenos y felices; mas esta ocupacion trae consigo infinitos disgustos y peligros El esplendor que le rodea es falso, y no puede deslumbrar sino á almas vanas. La vida es corta : las grande-

zas irritan las pasiones mas de lo que las satisfacen. Por aprender á pasarme sin esos aparentes bienes he venido de tan lejos, no por adquirirlos. Adios. Yo no pienso sino en volver á mi patria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente mi corazon, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si algo tuviera que desear, no seria el trono, sino si el no separarme jamas de estos dos hombres que veis.

En fin los Cretenses, dirigiéndose á Mentor, esclamaron: Ó el mas sabio y grande de los mortales! decidnos, pues, á quien podremos elegir. No penseis partir sin habernos dicho en quien debe recaer esta eleccion. Mentor les respondió: Estando entre la multitud de los espectadores, noté á un hombre que no mostraba ningun anhelo; era un anciano en quien se descubria bastante vigor. Pregunté quien era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Despues oí que le decian que sus dos hijos eran del número de los combatientes; él no dió señas de alegrarse: dijo que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho su patria para consentir á que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional á uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los estravíos del otro. Aumentándose mi curiosidad, pregunté que género de vida era la de aquel anciano, y uno de vuestros ciudadanos me respondió: Ha militado muchos años, y tiene el cuerpo cubierto de cicatrices; pero, por su virtud sincera y enemiga de la adulacion habia venido á ser incómodo á Idomeneo, quien por esto no se sirvió de él en el sitio de Troya. Temió á un hombre cuyos sabios consejos no podria resolverse á seguir, y ademas tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirirse. Ello fué que, olvidando todos sus servicios, le dejó aquí pobre, y despreciado de los hombres groseros é infames que solo dan estimacion á las riquezas. Mas él, contento con su pobreza, vive alegremente, en un parage retirado de la isla, donde cultiva con sus propias manos su corta hacienda. Ayúdale un hijo; se aman con la mayor

ternura y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario á una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad todo lo que excede á sus necesidades y á las de su hijo. Persuade á los jóvenes á que trabajen, les exhorta y les instruye; es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario; es el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener otro hijo que no ha querido seguir sus consejos. El padre, despues de tolerarle mucho tiempo por ver si podria corregir sus vicios, ha tenido al fin que echarle de su casa, y vive abandonado á una loca ambicion y á todos los placeres.

Esto es, ó Cretenses, lo que me han referido: á vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿á que celebrar juegos, ni juntar tantos desconocidos? Entre vosotros teneis á uno que os conoce y os es conocido; instruido en la guerra; que ha dado pruebas de valor no solo contra las flechas y los dardos, sino contra la espantosa pobreza; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo, y sabe cuan útil es á un pueblo la agricultura; que detesta el fausto; que no se deja llevar de uno ciego amor por sus hijos; que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro: en una palabra, un hombre que es ya el padre del pueblo. En él teneis vuestro rey, si de veras deseais que reinen sobre vosotros las leyes del sabio Minos.

Es cierto, esclamó todo el pueblo, que Aristodemo es cual vos decis; él es quien merece reinar. Hiciéronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, donde se hallaba confundido con los de la última plebe. Preséntase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y responde de esta suerte: No lo admitiré sino con tres condiciones. La primera, que dentro de dos años dejaré el cetro, si en ellos no logro haceros mejores de lo que sois, ó si os oponeis á las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar llevando una vida sencilla y frugal. La tercera, que mis hijos no tendrán distincion alguna, y que despues de mi muerte serán tratados sin preferencia, segun su mérito, como los demas ciudadanos.

Proferidas estas palabras, resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos guardas de las leyes ciñó con la diadema[1] las sienes de Aristodemo; se hicieron solemnes sacrificios á Júpiter y á los otros dioses supremos. Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria á los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle á Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey; dióle á mas un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno y la edad de oro; hizo poner en su nave de todas las especies de buenos frutos que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuantos auxilios pudiese necesitar.

Viendo que nos dábamos prisa para partir, dispuso que se nos equipara un navío bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable para Itaca; éste viento, que era contrario á Hazael, le obligó á detenerse. Viónos partir, y nos abrazó como amigos á quienes jamas volveria á ver. Los dioses son justos, decia; ven una amistad que solo se funda en la virtud algun dia nos reunirán; y aquellos campos fortunados, en donde dicen que los buenos gozan de una paz eterna despues de la muerte, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamas. ¡Ojalá pudiesen tambien ser mis cenizas recogidas con las vuestras! Al pronunciar estas palabrás derramaba torrentes de lágrimas, y sollozos embargaban su voz. No lloramos menos que él; y nos condujo al navío.

Aristodemo, nos dijo: Vosotros acabais de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habeis puesto. Rogad á los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que exceda tanto en moderacion á los demas hombres, cuanto los excedo en autoridad. Yo por mi parte les rogaré que os conduzcan con felicidad á vuestra patria, que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en paz en ella á Ulises reinando con su amada Penélope. Telémaco, os doy un buque bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podeis servir contra esos hombres injustos que persiguen á vuestra madre. Por vos, Mentor, como vuestra sabiduría de nada necesita, nada me deja que desearos. Andad, vivid felices juntos: acordaos de Aristodemo, y si en algun tiempo los de Itaca necesitasen de los Cretenses, contad conmigo hasta mi postrimer aliento. Abrazónos; y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

1. Era la diadema una cintilla, en los tiempos mas remotos, una venda ancha en los posteriores, con que ceñian sus sienes los reyes, y con especialidad los de Oriente.

Entretanto el viento que henchia nuestras velas, prometíanos una feliz navegacion. Ya el monte Ida no era á nuestra vista mas que una colina; las riberas desaparecian; las costas del Peloponeso (1) se iban al parecer adelantando en el mar para venir á nuestro encuentro. De repente una negra tempestad ocultó el cielo é irritó todas las olas del mar. El dia se convirtió en noche; y se nos apareció la muerte. O Neptuno! tú, con tu soberbio tridente, alborotaste las aguas todas de tu imperio! Por vengarse Vénus del desprecio que de ella hicimos hasta en su templo de Citeres, recurrió á aquel dios. hablóle con dolor, sus hermosos ojos bañados en lágrimas: así es al menos como Mentor, impuesto en las cosas divinas, me lo ha asegurado. ¿Consentiréis, ó Neptuno, le decia, que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses lo reconocen, y estos temerarios mortales se han atrevido á vituperar todo cuanto en mi isla se hace. Jáctanse de una consumada sabiduría, y tratan el amor de locura. ¿Os habeis olvidado de que he nacido en vuestro imperio? ¿Porqué tardais en sepultar en vuestros profundos abismos á esos dos hombres que me son insufribles?

1. El Peloponeso, en el dia la Morea, es la parte meridional de la Grecia: es una península que comunica con la Grecia setentrional por el istmo de Corinto. Báñanla el golfo de Lepanto, el mar de Grecia y el Archipiélago

Apenas hubo hablado, sublevó Neptuno las olas hasta el cielo, y Vénus se alegró, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, esclamó que ya no podia resistir al ímpetu de los vientos que nos impelian con violencia hácia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y, poco despues, oimos las puntas de los peñascos que estrellaban el casco de nuestra nave. Entra el agua por todas partes, se va hundiendo el navío, y los remeros dirigen al cielo lamentables gritos. Abrázome con Mentor, y le digo: He aquí la muerte: recibámosla con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos. Muramos pues, Mentor, muramos: á mí me sirve de consuelo morir con vos: inútil fuera disputar nuestra vida á la tempestad.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algun recurso. No basta estar dispuesto á recibir con tranquilidad la muerte; sin temerla, es necesario hacer todos los esfuerzos para rechazarla. Tomemos uno de esos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y sobresaltados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Inmediatamente tomó una hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navío: échale fuera, y se arroja sobre él á las furiosas olas. Llamame por mi nombre, y me anima á que le siga. Así como un grande árbol, contra el cual se han conjurado los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raices, de suerte que la mayor tempestad no hace mas que agitar sus hojas: así Mentor, no solo firme y valeroso, sino sereno y tranquilo, parecia que mandaba á los vientos y á las olas. Yo le seguí, y ¿quien, animado por él, no le hubiera seguido?

Nos conducíamos nosotros mismos sobre aquel mástil flotante. Fuénos de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, que si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Mas la borrasca hacia voltear á menudo nuestro gran madero, y nos hallábamos sumergidos en el mar

entonces bebíamos el agua salada, que arrojábamos luego por boca, oidos y narices; y nos era forzoso disputar contra las olas para alcanzar á subir otra vez sobre el mástil. A veces tambien una ola tan alta como una montaña venia pasando por cima de nosotros, y nos agarrábamos firmemente, temerosos de que, en el violento impulso, se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

En tan terrible situacion, Mentor, tan sereno como está ahora sobre este asiento de céspedes, me decia: ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada á los vientos y á las olas? ¿y que las olas ni los vientos pueden nada contra tí sin órden de los dioses? De ningun modo: ellos deciden de todo. Temamos pues á los dioses, y no al mar. Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Jupiter podria sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo á tus piés los astros, podria sepultarte en lo mas profundo de los abismos, ó precipitarte á las llamas del negro Tártaro. Escuchaba yo y admiraba este discurso, que no dejaba de consolarme algun tanto; pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veia, ni yo podia verle. Pasamos toda la noche temblando de frio y medio muertos, sin saber adonde nos arrojaba la borrasca. Por fin empezó á calmar el viento, y el mar bramando asemejábase á una persona que, despues de haber estado mucho tiempo irritada, no conserva mas que algun resto de turbacion é inquietud, cansada ya de ponerse en furor: gruñia sordamente, y sus olas no eran ya casi sino como los surcos que se ven en un campo labrado.

Entretanto viene la aurora a abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habian estado ocultas, volvieron á parecer y se retiraron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo lejos, y el viento nos iba acercando á ella: entonces sentí renacer la esperanza en mi corazon. Mas no percibimos á ninguno de nuestros compañeros: segun las apariencias, desmayarian, y la tempestad los sumergiria á todos con la nave. Cuando estuvimos ya cerca de

tierra, nos impelia el mar contra unas puntas de rocas que nos hubieran hecho pedazos : pero procurábamos presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así evitamos aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, donde, nadando sin trabajo, llegamos sobre la arena. Allí fué donde nos visteis, o gran diosa que habitais esta isla, y allí donde os dignasteis acogernos

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

ADMIRA Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, empeñándole en su amor. Mentor sostiene Telémaco con sus amonestaciones contra los artificios de la diosa y contra Cupido que Venus habia conducido en su auxilio. Sin embargo Telémaco y la Ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus Ninfas á que, mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar á nado otro navío que veia cerca de la costa.

Cuando Telémaco hubo concluido esta narracion, todas las Ninfas, que hasta entonces habian permanecido inmóviles, y fijas en él los ojos, se miraban unas á otras. Se decian con admiracion · ¿Quienes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuando jamás se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? El hijo de Ulises ya aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor ¿Que semblante! que hermosura! que afabilidad y que modestia! y tambien que gallardía y que grandeza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal, era fácil que le tomásemos por Baco [1], ó Mercurio [2],

1. Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tébas, inventó el uso del vino, del cual le han hecho dios los poetas. Le inmolaban asnos y machos cabríos, para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos y lujuriosos.

2. Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensagero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.